

La finalidad y pretensión de este capítulo, el último del libro es bastante ambiciosa. Intentaría responder a la pregunta: ¿Cuáles son los elementos “de sentido”, los importantes para el desarrollo de nuestra fe cristiana, aquellos básicos que sobre todo brotan de una lectura espiritual de los libros bíblicos, aquellos que marcan la identidad del cristiano? No olvidemos que nuestra lectura está animada por el Espíritu que ilumina y transfigura nuestra mente limitada y frágil. “Descubrir la Biblia” se vuelve algo tan fascinante y novedoso para que quien tiene la gracia de experimentarlo en su vida, que éste tal se siente incluso asombrado porque se le desvela de alguna manera *“lo que el ojo no vió, ni el oído oyó, ni al hombre se le ocurrió pensar, éso preparó (el Señor) para los que le aman”* (1Cor 2,9).

## Temas apuntados en el capítulo

(El orden se establece según su relación propia, comenzando su lectura a partir del primero.)

- *Jesucristo, “el viviente”.*
- *Testimonio apostólico.*
- *Un Dios trinitario.*
- *El misterio de lo divino.*
- *Dios nos quiere.*
- *Es obra de Dios.*
- *Muerte y resurrección.*
- *El misterio pascual.*
- *Por nuestros pecados.*
- *El árbol de la vida.*
- *El pecado del mundo.*
- *Fe en Jesucristo.*
- *Oración del corazón.*
- *Dichosos los pobres de espíritu.*
- *Unión con Jesucristo.*
- *La Acción de Gracias*
- *Sacerdocio y comunidad.*
- *Amaos los unos a los otros.*
- *Misión de la Iglesia.*
- *Opción por los pobres.*
- *A la escucha de Dios.*
- *La Providencia.*
- *Escritura y oración.*
- *María, madre nuestra.*
- *El hombre nuevo.*
- *Vida en el Espíritu.*
- *Matrimonio y Sacramento.*
- *Reinado de Dios.*

### Jesucristo, "el viviente".

El culmen de los evangelios es el relato de la muerte y resurrección de Jesús. Y el escrito de los Hechos no es sino su continuación a través de su Espíritu actuante. Este espíritu se nos comunica en la Iglesia y de forma personal en Cristo. Aquel Jesús que pasó su vida en este mundo e hizo el bien a mucha gente y predicó un mensaje de salvación, aquel Jesús murió a manos de quienes le rechazaron, pero fue transfigurado a una nueva vida, una vida que no muere, una vida que fluye de la mano fuerte y poderosa de Dios. Aquel Jesús transfigurado vive. El es "el viviente" por excelencia. ¡Ha resucitado! No a una vida como la que tenía antes de su muerte. El es el mismo, pero distinto. El es el Señor, capaz de comunicarnos la vida divina, su propia vida permanente. Ya no sólo le llamamos "Jesús" (Dios que salva), sino también el Cristo (el ungido, el consagrado por Dios), el Mesías (el enviado de Dios



a los hombres), el Hijo de Dios (el que procede de Dios que es padre y éste nos quiere como tal), y el Señor nuestro (por quien todas las cosas han sido creadas).

Entre las fórmulas de fe cristiana anteriores a la redacción definitiva de los escritos evangélicos, sobresale la de san Pablo que algunos la sitúan entre los años 40 y el 42, y hay quienes le atribuyen una mayor antigüedad, colocándola a escasa distancia del hecho que reflejan, ya hacia el año 35: *"En primer lugar, les he dado a conocer la enseñanza que yo recibí. Lo que yo les he enseñado es que Cristo murió por nuestros pecados, tal como dicen las Escrituras; que lo sepultaron, y que resucitó al tercer día, como también lo dicen las Escrituras; y que se apareció a Pedro, y después a los apóstoles. Más tarde se apareció a más de quinientos hermanos a la vez, y muchos de ellos viven todavía, aunque algunos ya han muerto. Después se apareció a Santiago, y luego de nuevo a todos los apóstoles. En último lugar, también se me apareció a mí, aunque yo fuera como uno que hubiera nacido de forma anormal"* (1Cor 15,3-8).

Jesús al resucitar no da un paso atrás, sino un paso adelante. No es que regrese a la vida de antes, es que entra en la vida total. No reingresa en el tiempo, entra allí donde no existe el tiempo como el que nosotros conocemos. Jesús, tras su resurrección, no "vuelve a estar vivo" sino que se convierte, como subraya el Apocalipsis, en "el viviente", en el que ya no puede morir. Su resurrección nos descubre una nueva vida y, con ello, transforma el sentido de la vida actual, al mostrarnos una que es más definitiva y que no está limitada por la muerte. ¡Es la vida verdadera! *"No temas, yo soy el primero y el último, el viviente"* (Ap 1,17s.).

### Testimonio apostólico.

El arranque de nuestra fe es, sin duda, cristocéntrico. Jesucristo, el viviente, es su centro; y su espíritu que se nos comunica, su motor y su ánimo. Algo o con frecuencia “alguien” que nos supera y nos da vigor a veces contra toda esperanza. En definitiva, el Espíritu es un alguien “personalizado” que está en nosotros, en uno mismo.

Desde sus comienzos, la experiencia del Jesús viviente (resucitado) nos fue transmitida por sus apóstoles y sus discípulos, los más cercanos. Este grupo de hombres y mujeres despertaron como de un sueño a la realidad del viviente por iniciativa del mismo Jesucristo. Y cruzaron las fronteras del miedo y temor al del coraje y al sentirse animosos y con fuerza; del ser ignorantes y de un habla balbuciente, a la del expresar su indecible experiencia con una gran elocuencia comunicativa y persuasiva; del ser tímidos y huidizos, a presentar su testimonio incluso ante unos duros tribunales determinados a una condena irremediable. Aquellos apóstoles y discípulos, formados por Jesús, transfigurados ya por el Espíritu, fueron sus testigos, los que proclamaron su experiencia hasta el confín del mundo.

Y para proceder a la elección por suertes del discípulo y apóstol Matías como sucesor de Judas el traidor, escribe Lucas en palabras atribuídas al apóstol Pedro: “Es, pues, preciso que elijamos a uno de ellos para que junto con nosotros dé testimonio de la verdad de la resurrección” (Hch 1,22).

**▲LELUYA▲**  
 הלל לה יה

¡DICHOSOS LOS QUE CREEN  
 SIN HABER VISTO! (Jn 20,29)

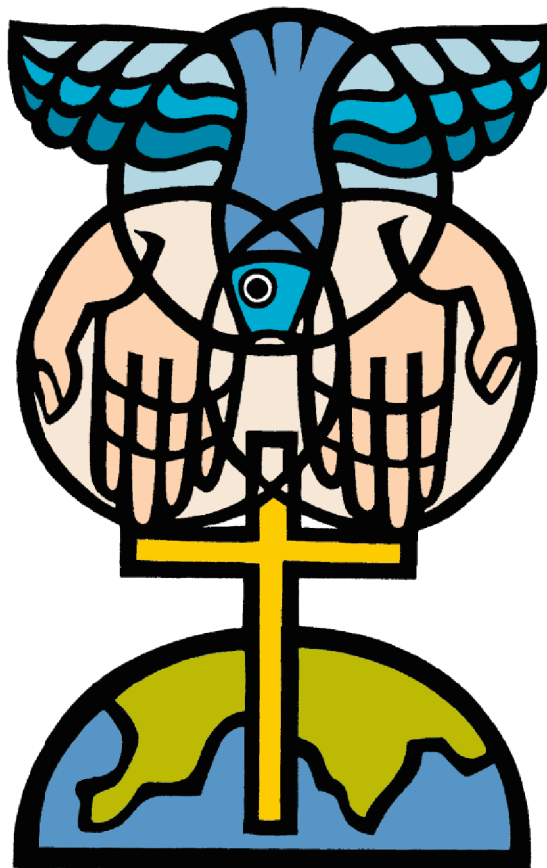


### Un Dios trinitario

Esta luminosa experiencia espiritual de la resurrección real de Jesús que vivieron de manera comprometida, existencial y hasta comunitaria sus apóstoles y testigos los más inmediatos y directos, engloba las tres relaciones íntimas amorosas del ser divino. Un ser uno en su misma esencia, en su naturaleza y un ser también distinto entre sí como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Así es el Dios cristiano. “La gracia del Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros” (2Cor 13,13). Pero uno sólo es el amor absoluto, infinito. La aproximación a este misterio central de la fe quizás podamos sentirlo desde el corazón que busca dar de sí mismo y acierta a recibir desde fuera de uno mismo. “Dios es el manantial del amor. (...) El que ama es hijo de Dios y conoce a Dios. El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor” (1Jn 4,7-8).

Jesucristo, o Jesús el Cristo, el ungido, es *“el Verbo que en el principio estaba junto a Dios y que era Dios”* (Jn 1,1). En él se nos revela y se nos comunica el mismo Dios de forma directa y no confusa. *“En los nombres relativos de las personas, el Padre es referido al Hijo, el Hijo lo es al Padre y el Espíritu Santo lo es a los dos”* (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 255). El sobre-nombre “Cristo” subraya ésto, es decir, que Jesús estaba lleno del inmenso Espíritu de Dios. Jesucristo está así “inseparablemente e inconfusamente” unido a Dios, como lo expresó la Iglesia en el concilio universal de Calcedonia (a. 451). Verdadero Dios y verdadero hombre.

Jesucristo fué una auto-conciencia y una libertad humanas, un alma y un cuerpo. Y conforme a la tradición dogmática de la Iglesia su naturaleza humana estaba unida por la fuerza de Dios (unión hipostática) al Hijo (la segunda persona en la Trinidad). Ahora bien, cuando se emplea el término “persona” en los concilios y documentos teológicos, se usa esta palabra en una acepción muy diferente a la ordinaria nuestra de hoy día. Lamentablemente, cuando oímos hablar de tres personas en Dios, propendemos a concebirlas conforme al moderno término de “la persona” (dominado por la psicología). Y así concebimos la afirmación de fe en la santa Trinidad en una doctrina de tres dioses, sin tan siquiera sospecharlo en modo alguno. No es necesario insistir en ello pues la fe sencilla y humilde intuye la verdad revelada que propone la Iglesia.



La verdadera y genuina concepción del Dios trinitario, lo que afirma es que Dios es en su esencia amor uno y que en él coinciden y forman un sólo ser autoconciencia y libertad. Ambas pertenecen al ser divino de Dios. Puesto que Dios es amor, Dios en sí mismo no es ni la simple unidad de un ser para sí, cerrado, ni tampoco una pluralidad de varios seres divinos que están unidos entre sí. En él se concilian la unidad y la pluralidad; pues él existe en “relación” real como Padre respecto del Hijo y de ambos respecto del Espíritu Santo. *“Nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiera revelar”* (Mt 11,27) De la relación entre el Padre y el Hijo, el fruto eterno es el Espíritu. Y la tarea común del Dios uno y trino es la de reproducir la imagen de su

Hijo en los hombres (Rm 8,29) gracias al Espíritu de adopción filial (Rm 8,15).

Por consiguiente, cuando hablamos de tres personas en Dios, estamos hablando de un Dios, ser espiritual absoluto y relacional, que se distingue por tres relaciones esenciales. Cada una de ellas en sí recibe el nombre de “persona” (*hipóstasis*).

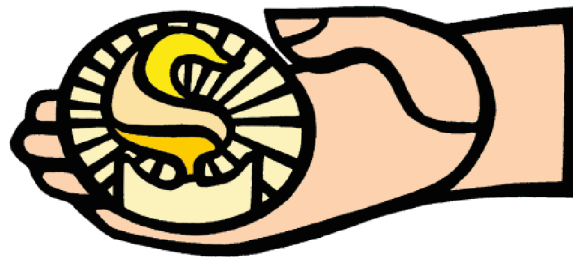
A veces se lee y escucha que el amor humano existe en tres formas o dimensiones primigenias; como un amor donante y creador de vida, como un amor receptor filial y como un amor de asociación. A ello correspondería en Dios (fuente de todo amor) el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Ya en el plano de la obra de la salvación, el Dios trinitario se revela y deja sentir también en este mundo en sus tres relaciones distintas: como Padre en la creación y en la encarnación; como Hijo en el hombre Jesús; y como Espíritu Santo en la Iglesia, cuerpo místico y sacramento de salvación, por quien somos templos vivos del Espíritu Santo. De esta manera se hace realidad el texto de san Pablo: “¿No sabéis que sois santuario de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?” (1Cor 3,16)

### El misterio de lo divino

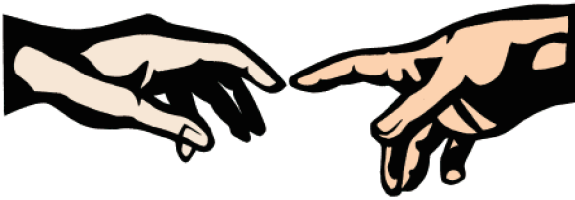
Tocamos así desde el inicio, el misterio que envuelve lo divino. Todo aquello que se relaciona con el Dios que nos supera y trasciende nuestras capacidades de conocimiento, pertenece al “misterio”. En este ámbito de lo divino, a lo único que podemos aspirar en definitiva bajo el punto de vista de la razón pura es a que no se dé la contradicción, “el que una cosa pueda ser y no ser a un mismo tiempo”.

Por su mismo ser Dios supera mi horizonte espiritual, y podemos hablar de él

sólo por medio de aproximaciones, apuntando en ellas a alguien que nos supera y trasciende. Dios es mayor. Pero hemos de mantener siempre la distinción entre misterio y contradicción. No todo vale en el misterio por el hecho de ser misterio. Su delimitación no ha de transgredir la lógica del pensamiento; no puede ser contradictorio en sí mismo, y por tanto absurdo y sin sentido. De ser ésto así, tendríamos que renunciar a pensar y hablar de Dios y de su relación humana. Tampoco podríamos dar razón de nuestra fe a quienes piensan de distinta manera. El diálogo acabaría en posiciones arbitrarias y sectarias.



Esto significa, que la fe en Jesucristo no ha de ser irracional. Al contrario, para el creyente cristiano su fe viene a ser razonable, porque su teología es una búsqueda por entender; y por otro lado la alternativa radical del no-creyente se mueve entre el absurdo y la renuncia inhumana a intentar responder a las preguntas sustanciales que cada uno de nosotros lleva dentro y que apenas se atreve a formularlas con sinceridad porque pertenecen a lo religioso. En resumen, el paso de abrirse a la fe cristiana es razonable porque ello hace posible que la persona pueda existir y vivir asumiendo también su propia inmaterialidad con la esperanza en un futuro digno y sin lágrimas. La razón es un regalo de Dios, y por supuesto, no el menor en absoluto.



### Dios nos quiere

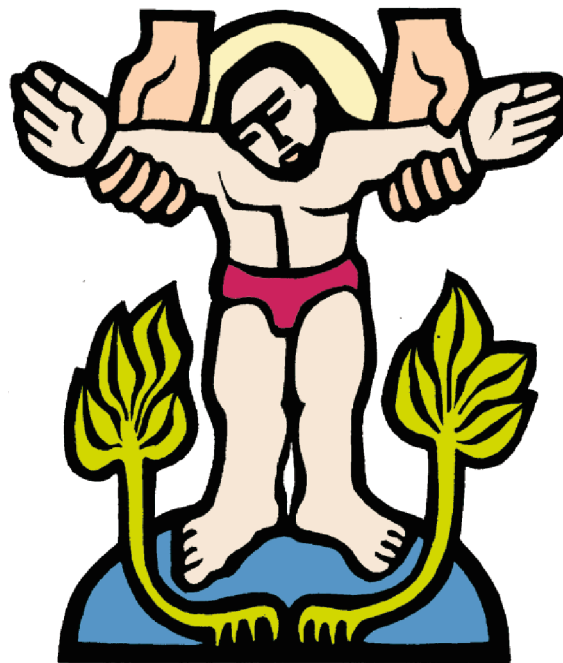
Estamos acostumbrados a esta frase afirmativa, la de que “Dios nos quiere”. Nos parece obvio que ésto sea así. Pero, cuando asoma en nuestras vidas la experiencia del mal, quizás nos vienen las dudas e incertidumbres. ¿Por qué podemos los cristianos afirmar con fe que Dios nos quiere, a pesar de los pesares? El apóstol Juan, uno de los personales testigos del Jesucristo viviente, y de una gran experiencia espiritual nos dice e insiste: *“El amor que Dios nos tiene se ha manifestado en que envió al mundo a su hijo unigénito, para que vivamos por él. El amor (divino) no radica en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su hijo para liberarnos de nuestros pecados.”* (Jn 4,9-10)

La luz de la fe que ilumina a todo aquel que tiene confianza en Jesucristo, sabe que “Dios es amor” y que éste amor en “su ser padre” es capaz de darle vida para que sea revestido del “ser hijo de Dios”, al estilo de su propio hijo, el único nacido del ser padre, desde siempre. Estamos, por tanto, llamados a ser hijos de Dios en Cristo, en el enviado para nuestra liberación de las ataduras que nos impiden “nacer de nuevo”. Dios nos quiere, pues desea para nosotros el hacernos copartícipes de su propia vida amorosa. Y ésto es lo que nos ofrece en la persona de Jesucristo. El amor pertenece a una dimensión real pero que no se vé,

En la concepción cristiana del hombre creado por Dios existe un nivel real pero

inmaterial profundo, allí donde radica el “yo”, el núcleo de la conciencia en libertad. Es el nivel donde se realiza nuestra comunión con Dios en Jesucristo gracias al Espíritu Santo. Es el corazón del amor verdadero que sale de sí mismo, pero sin dejar de ser uno mismo. Diremos que aquí es donde pueden habitar la fe, la esperanza y la caridad (las llamadas virtudes teologales). Es el nivel en el que “lo sobrenatural” se oculta bajo lo existencial humano.

Todos los seres humanos por el hecho de ser creados y tener vida, somos capaces gracias a Jesucristo en definitiva, de captar en nosotros el amor que Dios nos ofrece y de aprender a querer al estilo suyo; un amor no interesado, que no se merece y se regala, un don vinculado a la vida misma. Con los ojos de una fe viva podremos ver y amar a los demás como lo que son, pues ellos también son queridos por el mismo Dios. Por eso, para amar al prójimo como Dios quiere, es preciso amarse a sí mismo, porque también uno es querido por Dios.



### Es obra de Dios

Por la poderosa y única fuerza del Espíritu Santo que posee el vigor de vincular y unir lo humano con lo divino (una inefable relación de asociación), “la palabra”, el designio de Dios para dar vida permanente a los hombres, se hace persona humana en Jesús de Nazaret. Hombre entre los hombres, pero en misión divina (Mesías), Jesús proclama con signos de sanación y “palabras de vida eterna” el mensaje del amor (la Palabra) que proviene del amor del Padre y que sólo él puede generar. Y este Jesús habla del reinado de Dios “que está entre vosotros”. En él comienza sin duda este reinado, y él es su centro.

Quienes se sientan en principio incapaces, desapegados de las cosas, pobres de este amor vital inmenso, en verdad pecadores, siervos inútiles, y al mismo tiempo desean recibirlo como un tesoro, lo buscan como una perla preciosa, lo aceptan como un regalo que no se merece, lo siembran como una semilla que se hace fecunda y crece, éstos tales “cumplen la voluntad del padre”. Es decir, éstos tales abren sus vidas al designio de lo alto, a aquello que Dios desea; y se constituyen en su gloria verdadera. María es el modelo de acogida. Y Dios hace en ellos maravillas: *“De ahora en adelante todos me llamarán feliz, pues ha hecho maravillas conmigo, aquel que es todopoderoso, aquel cuyo nombre es santo”* (Lc 1,48-49). En verdad que el Dios de Jesucristo es un dios auténtico, un dios poderoso; él es el creador y señor, el único y absoluto; es un Dios de vida; no es un ídolo hecho por mano de hombres.

Y terminamos con una cita del salmo 126 (127): *“Si el Señor no construye la casa, / de poco sirve el trabajo de los albañiles; /*

*si el Señor no guarda la ciudad, / de poco sirve que vigilen los centinelas. / De poco sirve trabajar de sol a sol / y comer el pan ganado con sudor, / cuando Dios lo da a sus amigos / mientras éstos duermen”* (v. 1-5). En definitiva, la fe es un don.

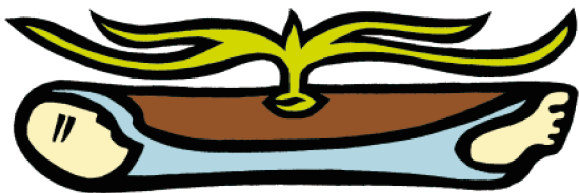


### Muerte y resurrección

En vida de Jesús, algunos fieles llenos de admiración, le veían como al Mesías esperado, e incluso llegaban a quererle hacer rey, pero él se evadía y buscaba al padre en la oración personal. El no había venido a este mundo de poderosos para ser rey. *“La gente entonces, al ver el signo que había hecho decía: —Este sí que es el profeta que tenía que venir al mundo—. Jesús, sabiendo que iban a llevárselo para proclamarlo como rey, se retiró otra vez a la montaña él sólo”* (Jn 6,14-15). *“Al día siguiente, la multitud que había acudido a la fiesta, al oír que Jesús llegaba a Jerusalén, salió a recibirlo con ramos de palmas, gritando: —¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor, el que es rey de Israel!”* (Jn 12,12-13).

Sus enemigos que los tiene particularmente entre los que se sienten censurados o amenazados en sus intereses y posición social, política o religiosa conspiran contra él. Le rechazan y tratan de quitarle de en medio. *“Uno de ellos, llamado Caifás, que era el sumo sacerdote aquel año, les dijo: —Estáis completamente equivocados. ¿No os dáis cuenta de que es preferible que muera un sólo hombre por el pueblo, a que toda la nación sea destruída?”* (Jn 11,49–50)

A este Jesús de Nazaret le llega su hora de pasar de esta vida a la vida verdadera, a una vida transfigurada, como la de un resucitado que ya no muere. Es una victoria sobre la muerte. *“Y Jesús les dijo: —Ya ha llegado la hora en que va a ser glorificado el hijo del hombre. Os digo con toda verdad; el grano de trigo que cae a tierra queda infecundo si no muere, pero si muere produce mucho fruto”* (Jn 12,23–24). Y todo esto se realiza por la fuerza de Dios. La hora de su muerte redentora conlleva y entraña “la hora” de la gloria del Padre. No sólo porque él como hombre pasa a ser viviente para siempre, sino porque él es el salvador, y nos comunica su espíritu que “salta hasta la vida eterna”. ¡Y quienes le siguen son su gloria! *“Por nuestro bautismo fuimos sepultados con él, para participar de su muerte; para que así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva. Si hemos llegado a ser injertados en Cristo en la muerte semejante a la suya, lo seremos también en su resurrección”* (Rm 6,4–5).

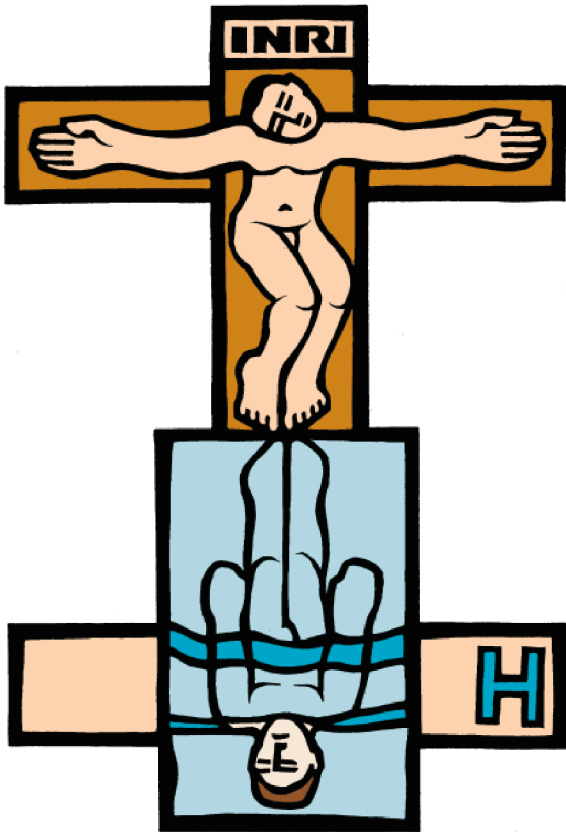


## El misterio pascual

Este paso de la muerte a la vida perenne puede ser meditado y contemplado como misterio pascual. Así como el pueblo judío celebra en los días festivos de la pascua su propia formación como pueblo elegido de Dios cuando es liberado de su esclavitud en Egipto, así nosotros los cristianos celebramos en el día de la pascua de resurrección nuestra liberación personal formando a un mismo tiempo un pueblo universal y peregrino que camina hacia adelante con fe, esperanza y amor. En la pascua cristiana simbolizada de alguna manera misteriosa en la pascua judía se realiza el paso de una esclavitud a la liberación. Es un paso que es necesario considerar con una cierta precisión. Por el hecho de ser personas humanas no poseemos derecho a participar de la vida de Dios, ni a ser llamados sus hijos. Y lo que llamamos “pecado original”, nos impide desde el origen el poder cambiar por nosotros mismos esta situación. Como humanos somos radicalmente “mortales”.

Pero, gracias a esa persona, la de Jesucristo, muerto y resucitado, se nos revela en plenitud el mensaje de que la fuerza poderosa del Padre, es capaz de superar lo radicalmente mortal por lo virtualmente inmortal (llamado a ser resucitado). Mediante la fe en ese misterio pascual se nos ofrece como regalo inmerecido la posibilidad de abandonar la esclavitud sin horizonte y la de abrazarnos a la libertad de los hijos de Dios. Todos los hombres estamos llamados a ser hijos de Dios. Y todos los hombres por el hecho de ser creados así, nacemos no sólo para morir. *“No es Dios de muertos sino de vivos”* (Mc 12,27). Podemos ya el vivir como hijos en esperanza. Una respuesta a un deseo razonable.





En la celebración de la pascua cristiana se contempla también la transfiguración del sufrimiento y de la muerte (les confiere algún sentido). Ambas realidades conforman al ser humano, pero en ésta nuestra vida terrena pueden ser aceptadas no sólo con resignación y paciencia esperanzada que no es poco ni mucho menos, ni algo menospreciable, sino que con la gracia de Dios pueden ser también experimentados como las circunstancias que más nos pueden unir a la persona de ese Jesucristo muerto y resucitado. No hemos de caer en el masoquismo pero sí hemos de ser afectivamente conscientes de que el sufrimiento que entraña “un amar más” adquiere un valor y un sentido que nos acerca al plano de lo divino que salva. *“Y más aún, nos gloriamos hasta de las tribulaciones, sabiendo que la tribulación engendra constancia; la*

*constancia, virtud acrisolada; y la virtud acrisolada, esperanza; y esta esperanza no se malogra, porque el amor que Dios nos tiene se ha derramado en nuestros corazones por la acción del Espíritu Santo que nos ha dado”* (Rm 5,3-5). Es como si la vida verdadera pudiera ser ya vivida no sólo desde nuestra propia muerte sino incluso como algo que la antecede en este mundo y acontece en la propia vida concreta.

El “morir y resucitar” (misterio pascual) podría transformar nuestra vida cristiana en algo bastante más satisfactorio y pleno. Supone no sólo el que nosotros vivimos ya despegados, liberados de las cosas de este mundo, sino que usamos de ellas y también gozamos de ellas o incluso renunciamos a ellas, con gozo, con alegría, con plenitud, confiados en Dios y centrados en Cristo. *“En cualquier caso, ya comáis, ya bebáis o hagáis otra cosa cualquiera, hacedlo todo para gloria de Dios”* (1Cor 10,31).

Tampoco nuestra propia muerte física ha de ser vista y considerada como un final doloroso sino también como un tránsito (“pascua”) hacia la dimensión de la luz y de la bondad plena donde el miedo y el temor desaparecen. Este “morir para resucitar” es algo agónico en sí, pero puede ser asumido como transformante y como una simiente de victoria (“resurrección”) sobre el sufrimiento y la misma muerte. ¿Es todo ésto, sólo una bella y piadosa consideración? En realidad, “la cruz” es inherente al ser humano. No elegimos nuestra cruz. Sólo podemos elegir el llevarla al estilo de Jesucristo. Y nuestros mejores deseos los vivimos, al menos como creyentes cristianos, en fe y esperanza, no como algo utópico que nunca sucederá sino como algo que puede suceder ya o más tarde, pero que sucederá algún día en favor nuestro.

### Por nuestros pecados

Como apuntamos al tratar de Jesucristo “el viviente” (véase más arriba), san Pablo señala que ese mismo Jesucristo resucitado “*murió por nuestros pecados*” (1Cor 15,3). E inmediatamente después de Pentecostés, en su primer discurso, Pedro les dice a sus oyentes: “*Arrepentíos y bautizaos cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo*” (Hch 2,38). Desde su inicio, en las comunidades cristianas, se afirmaba que Jesús había muerto por nuestros pecados. ¿Qué significa esta expresión un tanto inverosímil?

Con claridad distingue el incisivo Pablo dos clases o categorías de pecado: el que va contra la ley mosaica (“voluntarios”), y el otro que es universal, al cual todos estamos encadenados (“la fuerza del pecado”). “*En resumen, ¿tenemos o no tenemos ventaja los judíos? Ciertamente, no del todo, ya que acabamos de probar que todos, tanto judíos como no judíos, están sometidos al dominio del pecado*” (Rm 3,9). El pecado en tanto que fuerza sobre-humana radical (“pecado original”), es como una estructura de la iniquidad y del pecado, a la que se acumulan el resto de pecados. Estamos marcados por “el maligno” en el origen. En conse-



cuencia, este oscuro misterio de iniquidad viene a ser además un pecado “personal” aunque no voluntario. Lo podemos experimentar en nosotros mismos, en nuestras conciencias desmayadas. “*Quisiera hacer el bien que me agrada, y sin embargo, hago el mal que detesto. Ahora bien, si hago lo que detesto, no soy yo quien lo hace, sino el pecado que está en mí*” (Rm 7,19–20). (Esto se completará con el “pecado del mundo”).

Si definimos el pecado como lo que nos separa del Dios santo y verdadero, entonces la no aceptación y negación de su voluntad y designio de salvación pertenecería al pecado con mayúsculas. En esto consistiría el pecado contra el Espíritu Santo, en su rechazo (Mt 12,31–32). Es cierto que esta falta de apertura no se suele dar sino desde el orgullo resentido, porque quien busca la luz de la verdad y no las tinieblas, aunque no la encuentre lo hace de ordinario desde la sinceridad del no-saber. Y el buscar a Dios pre-supone el amarle.

Diferente a un talante un tanto sobrado y soberbio, la actitud de fondo que suele darse con mayor frecuencia es la tendencia hacia una idolatría, hacia un dios fabricado por nosotros mismos, incluso por nuestra propia religiosidad e identidad de grupo. El poder, el dinero, el sexo, la ideología, el “ego” alimentado de ensueños y frustraciones turbadoras y de justificaciones interesadas fomentan esta idolatría de fondo,



dejando de lado, para una mejor ocasión la conversión hacia el Dios verdadero. La idolatría, de mayor o menor intensidad está en la base de cualquier pecado personal. Cuando la Escritura dice que Jesús “murió por nuestros pecados” no dice otra cosa sino que murió rechazado por aquellos que no le quisieron recibir, por tantos que prefieren las tinieblas a la luz, y quizás por tantos de nosotros que le seguimos a medias con nuestros pecados voluntarios y faltas, porque, en definitiva, con nuestras propias fuerzas no podemos tener acceso a participar del don de Dios. Pero la moral, en suma, no es el problema.

Una vez más conviene subrayar que el Jesús de Nazaret murió para darnos vida en abundancia, para señalarnos el camino, la verdad y la comunión vital. *“Pero cuanto más se multiplicó el pecado, más abundó la gracia; de modo que si el pecado trajo el reinado de la muerte, también la gracia reinará alcanzándonos, por medio de nuestro señor Jesucristo, la salvación que lleva a la vida eterna”* (Rm 5,20–21). La muerte en el texto sería como una fuerza cósmica que es superada en Cristo gracias al poder liberador de Dios, que es el único señor de la vida. Jesús es “salvador”. *“No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores.”* (Mt 9,13) Esto nos señala el Norte.



### El árbol de la vida

Nacemos marcados por el bien y el mal. Podemos ser santos y podemos ser criminales. Muchos son los factores y diversos los que se introducen en este juego dramático. Es la herencia, la familia, el amor de los padres, la educación, los grupos de referencia, la libertad personal, la experiencia religiosa, etc. Y siempre el bien y el mal pasan por cada uno de nosotros. Hacemos lo que podemos y a veces lo que no queremos. Culpa y deber son una carga.

Nos cuenta el libro del Génesis que en el paraíso había dos árboles, uno el del saber la ciencia del bien y del mal; el otro, el árbol de la vida, aquel que transmite la vida que no muere. *“Yahvéh Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles deleitosos a la vista y buenos para comer, y en medio del jardín, el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal”* (Gn 2,9). El hombre ha probado del segundo, ha querido ser como dios. Lleva así la marca del maligno, de la serpiente que tiene el veneno dentro.

A consecuencia de éello nos sentimos incapaces de alcanzar el fruto del árbol de la vida. El autor del Génesis lo expresa no sin cierta ironía y humor. *“Y dijo Yahvéh Dios: —¡He aquí que el hombre ha venido a ser como uno de nosotros, en cuanto a conocer el bien y el mal! Ahora, pues, cuidado, no alargue su mano y tome también del árbol de la vida y comiendo de él viva para siempre”* (Gn 3,22). Pero al hombre debilitado, herido e incapaz no se le niega de forma absoluta su acceso al árbol de la vida, pues otra mujer (a diferencia de Eva) *“pisará tu cabeza”* (la de la serpiente) y *“su linaje será tu enemigo”* (Gn 3,15.20).

Quizás a ese árbol de la vida le hacemos poco caso y nos inclinamos a considerar al árbol del bien y del mal como la médula y centro de nuestra propia salvación. Hay un gran equívoco en todo ésto, porque es del árbol de la vida de donde brota el linaje de Jesús, el salvador. Y nosotros aspiramos a participar de éste su linaje y a proceder como hombres nuevos. Es la promesa que se hace realidad en Cristo. La historia de la salvación no ha de estar centrada en el pecado sino en la salvación. *“Al vencedor le daré a comer del árbol de la vida, que está en el paraíso de Dios”* (Ap 2,7). Y en la liturgia cristiana se suele considerar al leño de la cruz como un signo de bendición: *“¡Oh cruz fiel, árbol único en nobleza! / Jamás el bosque dió mejor tributo / en hoja, en flor y en fruto”*. (Liturgia del viernes santo).



### El pecado del mundo

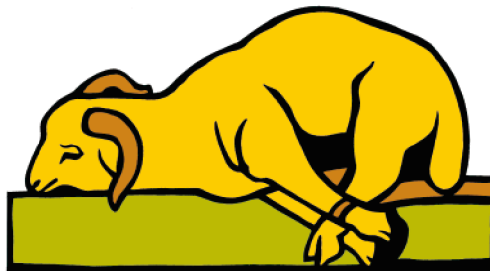
Cuando Juan, el Bautista, nos presenta en el cuarto evangelio a Jesús de Nazaret lo hace con las palabras *“éste es el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”* (Jn 1,29). ¿De qué pecado se trata? Juan, el precursor, no habla de los pecados de los hombres, sino del pecado del mundo. El así llamado “mundo” viene a ser considerado en el texto evangélico como una fuerza física, como un misterio de iniquidad que impone su estructura del poder, de la injusticia y depredación. *“Todo el que comete pecado, comete también iniquidad, porque el pecado es iniquidad”* (1Jn 3,4). Por “iniquidad” se designa aquí al estado del mundo envidioso de Dios (estado de “*anomia*” – desorden). Esta estructura de pecado que se encuentra en principio fuera de nosotros, nos desborda e inunda dada nuestra debilidad e impotencia, y nos hace sentirnos pecadores odiosos más por omisión y por error que por malicia voluntaria. Nos vemos forzados en situaciones no buscadas, a elegir entre males, excusados en parte si acertamos con la elección del “mal menor”, confundida la conciencia personal pues lo elegido ha sido un mal y no un bien. Es bastante triste y doloroso.

Como ya lo indicamos algo más arriba al tratar “por nuestros pecados”, san Pablo manifiesta su perplejidad en su propia vida en medio de este mundo: *“Pero yo soy un hombre frágil vendido al poder del pecado y no acabo de comprender mi conducta, pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco. Aunque si hago lo que aborrezco, estoy reconociendo que la ley (judía) es buena, y que no soy yo quien lo hace, sino la fuerza del pecado que actúa en mí”* (Rm 7,14–17).

En su esencia “el pecado del mundo” sería similar a todo pecado, pero con un agravante. Insistimos en el sustrato idólatrico de cualquier pecado. Y su agravante está en su obstinación, en su indiferencia (no apertura) a cualquier manifestación superior a la naturaleza rastrera y cruel de las personas. El mundo se corrompe así una y otra vez por malicia, errores e intereses de poder y dinero. El ser cristiano en su pureza pertenecería de hecho a la clandestinidad, a lo exclusivamente privado. Pareciera a veces que sentimos vergüenza de manifestarnos como cristianos o simplemente creyentes. Vivimos a oscuras en tinieblas y no acertamos a sacar nuestra lámpara a la intemperie e indiferencia de este mundo endurecido que se contempla a sí mismo con hipocresía y juega a ser aparentemente ético. El mundo es mentiroso como el demonio mismo.

Pues bien, así las cosas, deseando con frecuencia y con pasión inconfesable que un fuego abrasador baje y purifique toda esta realidad depresiva, resuenan las palabras muy poco creíbles *“éste es el cordero que quita el pecado del mundo”*. El verbo “quitar” tiene un significado de “borrar”, de “no tener ya en cuenta”. No se nos va a pedir cuentas de esa situación irremediable. Eso pertenece así al reinado de los

hombres en este mundo. *“Mi reino no es de aquí”* (Jn 18,36). *“Os he dicho todo esto, para que podáis encontrar la paz en vuestra unión conmigo. En el mundo encontraréis dificultades y tendréis que sufrir, pero tened ánimo; yo he vencido al mundo”* (Jn 16,33). Haciendo lo que realmente pueda, el cristiano vivirá con fe y esperanza, en humildad y verdad. Evitará el complejo de culpa y responsabilidad, el querer hacer lo que no puede hacer. Lo suyo es paz y gozo.



### Fe en Jesucristo

Gracias a Jesucristo nosotros podemos vivir desde dentro afuera según el espíritu de Dios. *“—El Espíritu es quien da la vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida. Pero algunos de vosotros no creen—. Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían y quién le iba a traicionar. Y añadió: —Por eso os dije que nadie puede aceptarme, si el Padre no se lo concede—. Desde entonces, muchos de sus discípulos se retiraron y ya no iban con él. Jesús preguntó a los doce: —¿También vosotros queréis dejarme?— Simón Pedro le respondió: —Señor, ¿a quién iríamos? Tus palabras dan vida eterna. Nosotros creemos y sabemos que tú eres el santo de Dios”* (Jn 6,63–69). Sin duda que también nosotros como cristianos confiamos en Jesucristo. Deseamos ser testigos suyos y así proseguir con su misión de salvación para otros en este mundo.



¿Qué es lo que queremos decir cuando hablamos de fe en Jesucristo? No es la fe un acto de conocimiento y ni siquiera de la voluntad en su aspecto el más importante. Solemos decir que la fe cristiana es un don de Dios. Es algo que se recibe como una semilla en el bautismo y se desea y se desarrolla al calor de la presencia de Dios, en su experiencia y encuentro. La comunidad cristiana familiar reunida en la iglesia que la convoca y le acompaña para la celebración de un bautizo, acoge a su nuevo miembro “como un salvado en Cristo”. Sobre su frente derrama el agua que “salta hasta la vida eterna” en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. No es un bautismo sólo de agua, sino sobre todo del Espíritu ardiente que procede del Jesucristo que está a la derecha del Padre. El, que es la cabeza del cuerpo de la Iglesia y es viviente que une al bautizado a sí mismo por la fuerza de su Espíritu; y el bautizado viene a ser un nuevo miembro vivo del cuerpo de la comunidad cristiana (Iglesia), llamado y elegido para acrecentar su comunión con la persona de Jesucristo. “¿No sabéis que, al ser vinculados a Cristo por medio del bautismo, fuimos vinculados también a su muerte? Por este bautismo fuimos sepultados con Cristo, quedando asimilados a su muerte. Por tanto, si Cristo venció a la muerte resucitando por

*el glorioso poder del Padre, preciso es que también nosotros emprendamos una vida nueva. Injertados en Cristo y partícipes de su muerte, hemos de compartir también su resurrección” (Rm 6,3-5).*

A medida que los años pasan, la presencia del Dios vivo suele manifestarse de un modo o de otro a no ser que la vaciedad (vanidad) de las cosas no deje espacio ni siquiera para una mínima experiencia religiosa. Se habla aquí de “experiencia”, es decir, de unas circunstancias sensibles en las que aparece sentido el misterio pascual, el morir y el resucitar. Algo parecido a una crisis, algo doloroso que se abre hacia el gozo, algo que se transfigura. Dios da el crecimiento. La fe entonces aumenta y no sólo germina, brota y crece, sino que da fruto, más de lo que cabría esperar. Es la fuerza de Dios. Nuestro trabajo vendrá a ser así tarea de Dios. La experiencia de la fe reside en que ésta es vida verdadera y concreta sentida siempre en paz y gozo.

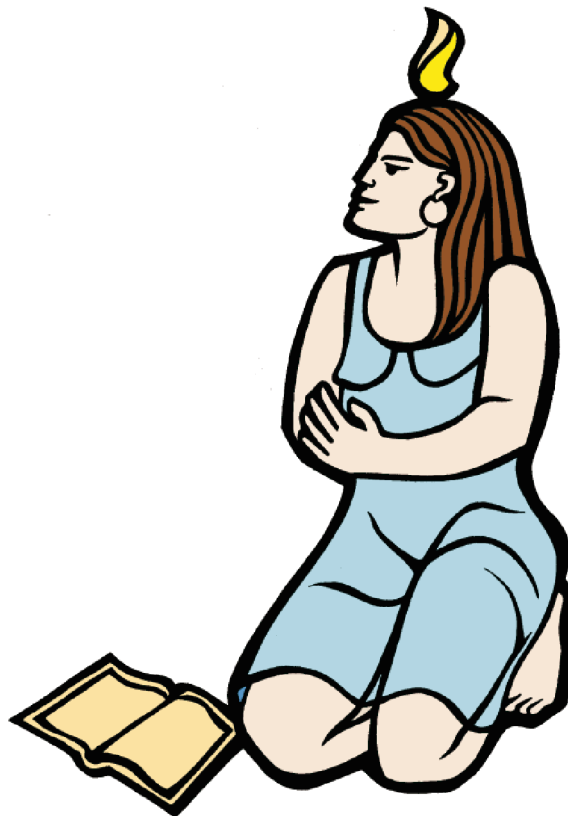
¿Es posible vivir en gozo sin saber del futuro? Miedos y temores nos desequilibran. Sin embargo, la necesidad de sentirnos hijos de Dios, la admiración por Jesús de Nazaret y la oración que es más que un desahogo suelen expresar la fe existencial.



## Oración del corazón

Si la fe en su simiente reside en algo que no aparece en sí misma, que brota de una hondura, que proviene de un germen tan vital como gratuito, entonces lo lógico y razonable sería el pedírsela a Dios, a Jesucristo, a la Virgen María, a los santos, etc. La oración “de petición” será el primer paso hacia ese don inmerecido de participación del amor de Dios que se recibe en Jesucristo. Pero esta petición ha de salir no de los labios ni de la lógica humana sino del corazón mismo, de lo insondable de la persona humana, de su verdad humilde ante su propio Dios, su creador y su señor. Se trata de la humildad radical de quien es sabedor que ningún derecho tiene, a ser iluminado. *“Débil es la inteligencia de los hombres, / y falsas muchas veces sus reflexiones; / el cuerpo mortal es un peso para el alma; / estando hecho de barro, oprime la mente, / en la que bullen tantos pensamientos. / Si con dificultad captamos las cosas de la tierra, / y con trabajo descubrimos lo que está a nuestro alcance, / ¿quién podrá rastrear las cosas celestiales?”* (Sab 9,14–16).

La oración, la del corazón suele expresarse con palabras balbucientes, con silencios que a veces abruma, siempre con esperanza, de rodillas ante lo sagrado que pertenece al Dios único, tres veces santo. *“Señor misericordioso, ten compasión de mí que soy un pobre pecador”* (Lc 18,13). Es la oración del publicano al fondo del templo. ¡Un publicano, un pecador público! Este y no el piadoso fariseo, cumplidor escrupuloso de la ley mosaica, fue el que salió “reconciliado”. La criatura es un ser ante su creador y su señor. Ella no es dios.



Podemos suplicar desde la paz: Padre, tú me quieres. Jesucristo, tu hijo, el viviente, es la encarnación de ese amor desinteresado. Yo soy pobre. No poseo la riqueza que tú tienes, ni la merezco, ni soy capaz de conseguirla con mi esfuerzo. Me siento distante y segregado de lo divino. ¿Soy verdaderamente “pobre de espíritu”? Cierto. Lo que me falta es precisamente eso, espíritu. En definitiva, me falta fe, confianza de que tú me estimas y aprecias. Tú eres mi Dios y mi señor y yo soy criatura. Tú eres Padre y yo soy tu hijo. La oración brota del corazón; lo contrario apenas es nada. *“Porque todos cuantos se dejan guiar por el espíritu de Dios, hijos son de Dios. Que no habéis recibido espíritu de esclavitud para recaer otra vez en el temor, sino que habéis recibido espíritu de adopción filial, por el que clamamos: ¡Abba! ¡Padre!”* (Rm 8,14–15). La oración expresa la fe que desea.

### “Dichosos” los pobres de espíritu

“De ellos es el reinado de Dios” (Mt 5,3). No se trata en este evangelio según Mateo de una referencia directa y positiva a una pobreza material y sociológica. El tesoro escondido es bastante más y permanece invisible. “Con el reinado de los cielos sucede como con un tesoro escondido en un campo; el que lo encuentra, lo entierra y esconde de nuevo; y lleno de alegría vende todo lo que tiene para comprar aquel campo. Sucede también con este reino de los cielos como lo que le pasa a un mercader que busca perlas preciosas. Cuando encuentra una de gran valor, vende todo lo que tiene y la compra” (Mt 13,44–46). De ordinario, la realidad de Dios escapa a nuestros sentidos. El pertenece a lo espiritual. ¿Es para nosotros, un tesoro? Para sentirnos como “pobres de espíritu” se supone que nosotros deseamos y valoramos lo que estimamos como espiritual. Si ésto es así, nosotros seremos “bienaventurados”. Toda bienaventuranza mantiene una expectativa de esperanza y de futuro. Tal esperanza es una “virtud” (un poder, una fuerza, un ánimo), que se hace presente en nuestras vidas y forma parte ya de un renacer a una vida nueva y diferente. Conforme a esta vida nueva, lo primero es lo primero y todo lo demás viene después. “En realidad una sólo cosa es necesaria” (Lc 10,42). “Es propio de paganos andar buscando todas esas cosas. Bien sabe vuestro Padre que tenéis necesidad de ellas. Buscad, más bien, su reino y él os dará lo demás por añadidura” (Lc 12,30–31).

Pobres de espíritu son los que viven el ideal de hacerse disponibles para caminar hacia Dios. Pobres de espíritu son los que han elegido la libertad de no estar encadenados a nada de este mundo, y ni siquiera a

sí mismos, a sus ambiciones y sus orgullos. A estas personas que ponen su confianza plena en Dios, Jesús les promete que no serán defraudados. El reinado de Dios será su vida y “les pertenece”.

En relación con esta actitud de pobreza mendicante en orden a alcanzar las riquezas inmateriales de lo espiritual, hemos de contemplar aquella frase evangélica referente a los niños: “Quien no recibe el reinado de Dios como un niño, no entrará en él” (Lc 18,17). La pequeñez que entraña indigencia y deseos abraza lo que le dan como un regalo y un don. Y manifiesta su propia alegría y agradecimiento cuando la persona que le ofrece el obsequio no pertenece al círculo familiar habitual. Entonces, sorprendido el niño por el don recibido a cambio de nada, le da las gracias con rubor en las mejillas. No de otra manera, cuando recibamos nosotros el regalo gratuito de Dios, desde nuestra pequeñez e indigencia total, le damos gracias de todo corazón, un corazón un tanto ruboroso pero animado por el agradecimiento tímido y sentido.

En muy pocas palabras, fe en Jesucristo, oración del corazón, pobreza de espíritu y una actitud agradecida se relacionan de forma íntima y se constituyen en el talante espiritual de una vida distinta.





## Unión con Jesucristo

Podemos avanzar algo más en el tema de nuestra propia fe en la persona de Jesucristo (véase más arriba). Por el bautismo cristiano se derrama no sólo el agua clara, también el fuego del Espíritu que une al bautizado con la persona de Jesucristo. La comunión es en esencia espiritual porque lo que se recibe viene a ser un germen de vida capaz de crecer por la fuerza y poder de un Dios que es Padre. Esta capacidad (*“capax Dei”*, en expresión latina de san Agustín) germina y crece en el ser “hijos de Dios”. Nosotros participamos de alguna manera (“por adopción”) del ser hijos de Dios padre, gracias al Jesús (ya glorioso), el verdadero hijo (el primogénito). Somos, por tanto, unos hijos del Dios, Padre de nuestro señor Jesucristo. Esta filiación divina nos viene dada en Cristo y a través suyo. *“Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece unido a mí, como yo estoy unido a él, produce mucho fruto; porque sin mí no podéis hacer nada”* (Jn 15,5). La filiación es como la savia. Y en ésto consistirá primordialmente “la gracia”, expresión que aprendimos en el catecismo y que significa la vida nueva de Dios en nosotros. Hemos sido liberados de una carga; lo hemos sido de forma gratuita por medio de Jesucristo y así podemos ver la realidad con los ojos de Dios. Todo cambia porque hasta los valores humanos se transforman. Ahora éstos tienen su raíz y su significado.

La unión con este Jesucristo es quehacer del propio Espíritu Santo, puesto que se comunica en ella la esencia de la identidad cristiana. Como buen cristiano estoy injertado en Cristo. Soy templo del Espíritu Santo. Sólo él es el Señor. No pertenezco a otro (1Cor 3,21–23). De por sí



no es posible quebrar esta relación interpersonal. Sólo nosotros podemos. Pero ni siquiera la muerte: *“Pues estoy seguro de que ni la muerte ni la vida ni los ángeles ni los principados ni lo presente ni lo futuro ni las potestades ni la altura ni la profundidad ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro”* (Rm 8,38–39).

Si ni siquiera la muerte puede romper y quebrar nuestra comunión con Cristo, eso significa que el ser hijo de Dios no perece y muere sino que permanece para siempre en Cristo a la espera de su incorporación al reinado de Dios, una vez sea transfigurado nuestro cuerpo corruptible en glorioso e incorruptible. Lo que resucita es un “cuerpo” espiritual. La apariencia que conocemos cuando uno muere, muere para siempre. Lo que brota de una semilla será una “imagen” (*icono*) celestial. *“El primer hombre procede de la tierra y es terrestre; el segundo procede del cielo. (...) Y así como llevamos la imagen terrestre, llevaremos también la imagen celestial”* (1Cor 15,47.49). Se viste de lo divino.



### La Acción de Gracias

Si nosotros fuéramos conscientes a los bienes espirituales que nos son ofrecidos, la respuesta debería manifestarse desde un primer momento en una actitud personal de agradecimiento permanente. El don de ser hijos de Dios ha nacido en una Iglesia, en una comunidad cuya cabeza es Cristo, y su cuerpo lo constituyen aquellos que son bautizados en ese Cristo y que acrecientan con su “gracia” el desarrollo y maduración de la filiación divina. Formamos parte de un cuerpo colectivo en comunión.

La Iglesia, por tanto, y de modo fundamental es una comunión de creyentes en Cristo, que unidos a su cabeza y formando un cuerpo como miembros de éste tratan de ayudarse y proclamar una sola fe, un solo bautismo y un solo Señor. *“Uno solo es el cuerpo y uno solo el Espíritu, como también una es la esperanza a la que habéis sido llamados; un solo Señor, una fe, un bautismo; un Dios que es Padre de todos, que está sobre todos, actúa en todos y habita en todos”* (Ef 4,4-6). Lo que les une entre sí es lo invisible pero con la fuerza suficiente para producir frutos de vida nueva. (Esto

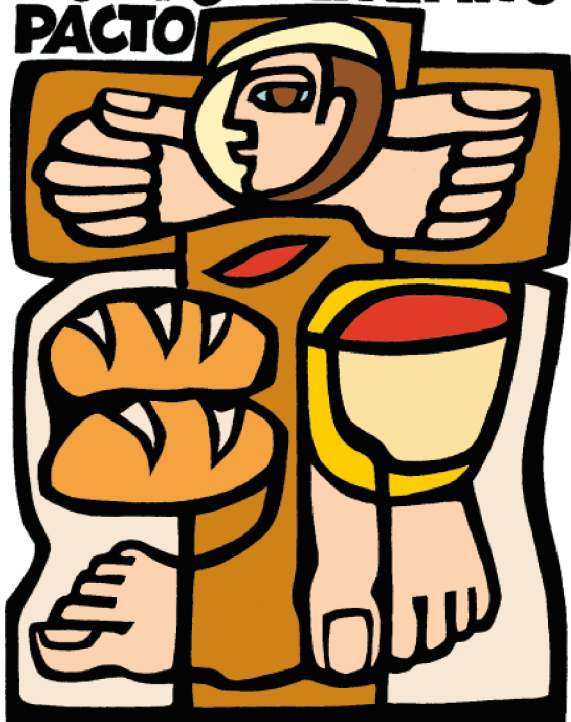
se verá más adelante, cuando contemplemos la Iglesia como sacramento).

Traemos aquí el tema de la expresión comunitaria de nuestra libre acción de gracias por los bienes aceptados a través de la Iglesia. A veces decimos que la Iglesia es madre, porque en su seno hemos recibido el regalo vital “de la gracia” de ser hijos de Dios. Esta gracia es un *“semen Dei”*.

Desde sus inicios las comunidades cristianas se reunían en casas particulares, para dar gracias a Dios (la palabra griega *“eucaristía”* significa precisamente “acción de gracias”), haciendo presente así la muerte y resurrección de Jesús conforme a su deseo manifestado en su última cena de pascua, *“haced ésto en memoria mía”* (Lc 22,19). *“Pues siempre que coméis de este pan y bebéis de este cáliz, anunciáis la muerte del Señor hasta que él venga”* (1Cor 11,26).

La muerte y resurrección del Señor vinculada a la última cena no sólo se nos transmite como un mero recuerdo sino como un recuerdo que se hace presente también hoy para nosotros. Se hace un sacramento, es decir, una acción del Jesucristo glorioso, actual. El es el sacerdote eterno que ofrenda su propia vida en favor nuestro para nuestra liberación y salvación. Esta es la tarea de nuestra redención. Es ofrenda sin límites de su vida íntegra. Recibe el nombre de “sacrificio”, porque de hecho en el tiempo terminó en muerte y muerte de cruz, y fue aceptada por el Padre en su resurrección. Por ello su valor de salvación se perpetúa para todos nosotros. Cuando el reinado Dios se establezca al fin de forma definitiva se renovará “esta pascua” con un vino nuevo y glorioso: *“Os aseguro que ya no beberé más del fruto de la vid hasta el día aquel en que lo beba nuevo en el reino de Dios”* (Mc 14,25).

## NUEVO Y ETERNO PACTO



Concluye este memorial de la última cena pascual, aquella —repito— que tuvo Jesús con sus discípulos y de la que participamos hoy de modo sacramental, con la “comunión”, en la cual Jesucristo se nos transmite como un alimento que da vida. El pan y el vino consagrados son signos de una vida que fluye y revitaliza (son él mismo). A esta comunión, en nuestro rito litúrgico le acompañan “la paz” entre quienes están incorporados a Cristo y la esperanza oportuna de que sólo él quita el pecado del mundo. La falta de unión y la división es el contra-testimonio de los cristianos, quizás el más negativo en la misión evangelizadora de la Iglesia. Es parte de ese pecado del mundo (véase más arriba) que se introduce en la Iglesia formada en definitiva por personas en sí débiles, quizás interesadas y a veces sin tiempo para valorar lo esencial y tentadas por el poder.

### Sacerdocio y Comunidad

Según la tradición cristiana que se refleja de forma clara en los escritos del Nuevo Testamento, este infinito poder sacramental “de hacer memoria” de la muerte y resurrección del Señor que se nos da como el alimento de vida permanente fue conferida a sus apóstoles y sucesores. Como se trata de un poder que pertenece a Dios y sólo a él, lo calificamos como de un orden “jerárquico”. No otra cosa significa “jerarquía” (poder que viene de lo alto). *“Yo soy el pan que ha bajado del cielo. El que come de este pan, vivirá siempre”* (Jn 6,51).

Los obispos como los representantes y auténticos administradores de los bienes espirituales (*“depositum fidei”*) que reciben desde lo alto para el servicio de la comunidad eclesial, eligen a sus ayudantes (presbíteros) con el fin de hacerse responsables de su tarea, la de ser “pastores” y dispensadores de aquellos bienes (“ministros”). Por eso, el sacerdocio que vemos y conocemos es un sacerdocio ministerial. En el sacramento de la eucaristía (misa) el ministerio (servicio) consiste en hacernos presente hoy la muerte y resurrección de Jesús en orden a la “acción de gracias” al Padre y a nuestra comunión en Cristo.

Pero quienes representan al Señor por el ministerio que ejercen en su Iglesia, son hombres, no al estilo de quienes rigen los pueblos, sino servidores por vocación recibida del Señor: *“Porque no nos anunciamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo el Señor, y no somos mas que servidores vuestros por amor a Jesús. (...) Pero este tesoro lo llevamos en vasijas de barro, para que todos vean que una fuerza tan extraordinaria procede de Dios y no de nosotros”* (2Cor 4,5.7). Desde sus limitaciones se ofrece el don del cielo.

A veces se dice que la comunidad como un “pueblo de Dios” es un pueblo sacerdotal. *“Vosotros, en cambio, sois linaje escogido, sacerdocio regio y nación santa, pueblo adquirido en posesión, para anunciar las grandezas del que os llamó de las tinieblas a su luz admirable”* (1Pe 2,9). No es solamente en cuanto Iglesia jerárquica, fundada por Jesucristo y con los poderes de lo alto conferidos a sus apóstoles y sucesores, la Iglesia es una comunidad sacerdotal “al servicio de los siervos de Dios”, sino que todos sus miembros vivos, alimentados y en comunión con el Cristo vivo, participan de la capacidad de ofrendar sus vidas según sea el deseo de Dios, su único Señor. Esta ofrenda en Cristo se constituye en la esencia del sacerdocio cristiano. Ese morir para resucitar en los quehaceres cotidianos transforma nuestra tarea en “sacerdotal” pues hacemos presente en nosotros el misterio pascual. La vida se hace culto.



El abrazo. Picasso (1900).

### “Amaos los unos a los otros”

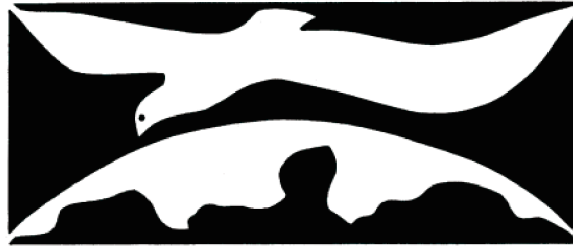
En su última cena el Señor nos da un “mandamiento nuevo”. *“Os doy un mandamiento nuevo: amaos los unos a los otros. Como yo os he amado, así también amaos los unos a los otros. Vuestro amor mutuo será el distintivo por el que todo el mundo os reconocerá como discípulos míos”* (Jn 13,34–35).

El amor de Jesucristo se nos ha manifestado en la entrega total de su vida en Jesús de Nazaret hasta el ofrecerse a padecer sufrimientos y muerte y pasar así a una vida plena exaltada a la derecha de Dios como la primicia de una cosecha que somos nosotros. *“Como primer fruto, Cristo. Luego, el día de su gloriosa manifestación, los que pertenezcan a Cristo. Después tendrá lugar el fin, cuando destruido todo principado, toda potestad y todo poder, Cristo entregue el reino a Dios Padre”* (1Cor 15,23–24).

En primer lugar, Jesús se dirige a sus apóstoles, a sus discípulos, a la Iglesia que está siendo edificada en su comunión. Si ellos han de proseguir con su misión de salvación hacia los demás, han de amarse entre sí de forma nueva con la ofrenda de sus vidas y dando testimonio de vida plena. La vida nueva corresponde al Espíritu que ha de alentar en ellos por la fe. Este mandamiento nuevo es el caballo de batalla del ser en verdad Iglesia como sacramento salvador en medio del mundo; o más bien quedarse simplemente en ser una asociación humana que se reúne para hacer cosas buenas y encauzar las inquietudes religiosas de sus miembros. Quizás la tarea más urgente de la Iglesia de hoy sea la de que sus miembros se quieran entre ellos como animados por un sólo Espíritu, una misma fe. El que puedan alcanzar el ser signos de salvación, una “buena noticia”.

Los pecados contra este mandamiento nuevo serían el de dividir la Iglesia, y también el de la negación de este Espíritu de vida respetuosa, amigable y gozosa, por omisión, por escepticismo, por razones de eficacia, por ideología, por desconfianza, en última instancia, por incredulidad (falta de fe en que ésto sea posible ni siquiera para Jesucristo). Estamos hablando de un amor “de caridad”, es decir, de un amor que se recibe del Padre y da frutos de caridad sin esperar nada a cambio. Es un amor que se da de forma gratuita y que ha de encontrar en la Iglesia su lugar porque ése es su sitio. En caridad se edifica la Iglesia.

El cristiano ama al otro aunque éste no sea su amigo, porque Dios ama también al otro. No le ama por Dios como si el otro fuera un medio para él, sino que le ama porque ese Dios mismo ama al otro como persona que es “*capax Dei*”. Y éste es el sentido real del texto “*amarás a tu prójimo como a tí mismo*” (Mt 22,39). Cada uno ha de hacer lo que pueda en esta línea, desde la sencillez y humildad. “*Pues bien, si yo, vuestro maestro y señor, os he lavado los pies, vosotros debéis hacer lo mismo unos con otros. (...) Sabiendo ésto, seréis dichosos si lo ponéis en práctica*” (Jn 13,14.17). Es conocido el cántico que hace san Pablo al amor (caridad): “*El amor es paciente y bondadoso; no tiene envidia, ni orgullo, ni jactancia. No es grosero, ni egoísta; no se irrita ni lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que encuentra su alegría en la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo aguanta. El amor no pasa jamás*” (1Cor 13,4–8).



### Misión de la Iglesia

Al término de su evangelio, Mateo nos señala la misión de la Iglesia con estas palabras apremiantes: “*Poneos, pues, en camino, haced discípulos entre los habitantes de todos los pueblos, bautizándoles en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a poner por obra todo lo que yo os he encomendado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de este mundo*” (Mt 28,19–20).

Parece bastante claro que la misión de la Iglesia es universal (“católica”). La expresión “haced discípulos” no ha de ser interpretada de forma proselitista, sino según un talante de “encarnación” hacia las diversas culturas e identidades de los pueblos, y por supuesto sin olvidar la libertad de conciencia (la fe si no es libre no es nada).

La Iglesia habría de manifestarse como comunidad basada en el amor que Dios nos tiene, y que da signos de “caridad”, de un amor recibido, y que ofrece a quienes no son cristianos, la razón de su esperanza y de su fe viva en Jesucristo. “*Queridos hermanos, sois gente de paso en tierra extraña. Por eso os exhorto a que os abstengáis de las desordenadas apetencias humanas que hacen guerra al espíritu. Portaos ejemplarmente entre los no creyentes, para que vuestras buenas acciones desmientan las calumnias con que os denigran, y consigan así que ellos mismos puedan glorificar a Dios el día en que venga a visitarles*” (1Pe 2,11–12).

Esta relación entre la caridad que se vive y difunde en favor de los demás y el mensaje de salvación en Jesucristo que en ella con frecuencia se esconde y oculta ha de quedar patente pues el amor a los demás es signo del amor que Dios nos tiene. En ésto, —pienso yo— reside el auténtico profetismo de la Iglesia del Nuevo Testamento, y su clandestinidad puede llegar a ser un fraude, pues se deja de ofrecer y de dar lo que el pueblo espera de ella y tiene derecho a saber y aceptar en libertad. Si ésto falta (si el bien a los demás no llega a ser un signo vivo de Jesucristo), a ningún catequista católico puede extrañar el que bastantes se sientan atraídos por las sectas que proliferan entre la gente sociológicamente pobre y marginal que incluso sonrío en los países del tercer mundo. Ellas, las sectas, sí hablan abiertamente, aunque pecando de fundamentalismo, de esa increíble persona de Jesucristo. *“En presencia de Dios y de Cristo Jesús, que ha de juzgar a vivos y muertos y que ha de manifestarse como rey, te suplico muy encarecidamente: proclama el mensaje e insiste en todo momento, tanto si gusta como si no gusta. Argumenta, reprende, exhorta, echando mano de toda tu paciencia y tu competencia en enseñar. Tiempos vendrán en que no se querrá escuchar la enseñanza auténtica; en que, para halagarse el oído, los hombres se rodearán de maestros a la medida de sus propios antojos, se apartarán de la verdad y darán crédito a los mitos. Pero tú permanece siempre alerta, soporta las contradicciones, trabaja en la extensión del mensaje de salvación, desempeña a la perfección tu ministerio”* (2Tim 4,1-5). Es el testamento espiritual del apóstol Pablo.



### Opción por los pobres

Contemplamos ahora, pues parece ser el lugar apropiado para hacerlo, la actitud en favor de los pobres, los sociológicamente pobres, aunque ellos no sean creyentes e incluso caigan también en la idolatría del dinero, y en caso de obtenerlo, de hecho quizás se comportarían al estilo de los avariciosos y de sus opresores sin escrúpulos.

Supuesto que el mensaje de salvación de Jesucristo es para todo el mundo y que en Dios no hay distinción alguna de blancos y negros, de listos y tontos, ricos y pobres, la Iglesia como tal y sus miembros responden a una misión de evangelización que pretende no quedarse sólo en lo terrenal, realizando unas obras “de misericordia” (de caridad) en favor de los más débiles. Estas obras en sí mismas no se constituyen de manera automática en signo cristiano. Son un signo humanitario de compasión, de solidaridad. Gracias a Dios hay muchas asociaciones gubernamentales y no gubernamentales, no confesionales, que llevan a cabo con dedicación, sacrificio y compe-

tencia profesional las más diversas tareas de ayuda con una eficacia superior a las realizadas por las iglesias. No hay distinción de eficacia y entrega entre unas y otras.

En los catecismos antiguos, quizás en olvido, se solía hacer una clasificación de las obras de misericordia y se hacía una separación o división entre las corporales y las espirituales. Y entre las segundas se apuntaba hacia el enseñar al que no sabe, el dar consejo a quien lo pide y necesita, el acompañar al enfermo, etc. Quizás, hoy en día, hemos desestimado este segundo tipo de misericordia y preferimos quedarnos en repartir comida, ropa, vivienda y medios de trabajo. Y esto aunque sea muy importante para sobrevivir en la jungla de este mundo, en definitiva, quizás no alcanza a lo inmaterial como si las preguntas de sentido no fueran con las personas pobres.

Y mientras este paso trascendente no se dé, es hasta posible que la gente salga de la guerra y su pobreza, y sobreviva incluso

con dignidad, pero que sea incapaz de ver más allá de lo material y del “estilo de vida”. Esta confusión en nuestra evangelización la debilita y de tal modo la vuelve frágil y difusa que ella misma adolece de una falta “de sentido”. ¿Cómo es posible que hombres y mujeres puedan dedicarse a tiempo completo a tales actividades humanitarias, sacrificando matrimonio, familia, uso del dinero personal como propio, “no libres” sino obedientes en conciencia a superiores cercanos y lejanos? ¿Lo hacen porque les gusta, porque encuentran placer en esto? ¿Lo hacen sólo por los pobres, por solidaridad, por humanitarismo? También otros lo hacen de forma humanitaria y sin tanto sacrificio. Los abnegados “misioneros” lo hacen simplemente porque ellos viven “en misión”, representando a Jesucristo, a su persona y a sus valores. “Somos embajadores de Cristo” (2Cor 5,20). Si esto se oculta la misión en apariencia queda vacía de sustancia. No alcanza a ser “signo”.



### A la escucha de Dios

Cuando hemos hablado de la fe, hemos aludido a la oración de corazón (véase más arriba). Teniendo muy en cuenta esta clave de humildad ante el Señor, podemos pasar a la contemplación de sus misterios, puestos en su presencia. Esta suele vincularse a un cierto ánimo de soledad y de paz quieta de la persona que se dispone a sintonizar a Dios. Cuando se está en su presencia lo invisible e inmaterial adquieren dimensión y se empieza a experimentar la confianza de que uno está en manos del Dios siempre mayor. Como dice san Agustín: “*Interior intimo meo, et superior summo meo*” (Dios está más hondo que lo más íntimo mío, y por encima de lo más elevado de mi

ser). Pero ahí está, más allá del ruido y de las sombras de este mundo, más allá de la ansiedad y las prisas de mi corazón vacilante. *“Todavía mi queja es una rebelión; su mano pesa sobre mi gemido. ¿Quién me diera saber encontrarle, poder llegar a su morada!”* (Job 23,2-3).

En su presencia sentida, es decir, en sintonía con él, es cuando Dios nos habla y nosotros escuchamos. Quizás sea una corazonada que inunda el espíritu al soportar un dolor con paciencia, o al oír una música que llega al alma, o junto a un amigo que comunica su comprensión y su apoyo, o al admirar algo de un paisaje que se esfuma, o ante una situación ajena de desesperanza que provoca una oración vocal de súplica. No hay duda que en muchas ocasiones de nuestra existencia late el Espíritu de Dios. En tales circunstancias si ellas llegan a ser percibidas bajo su aliento, se aprende a contemplar entonces la vida toda, particularmente la propia, con otros ojos. Al final de la vida sólo queda Dios y la asignatura pendiente que se cursa es la de la “sabiduría”. Para el que cree todo se le transforma en “gracia”, en don divino. *“Somos débiles, pero el Espíritu viene en nuestra ayuda. No sabemos lo que nos conviene pedir, pero el Espíritu intercede por nosotros con gemidos inexpresables. Y Dios, que sondea lo más profundo del ser, conoce cuáles son las aspiraciones de ese Espíritu que intercede por los creyentes en plena armonía con la divina voluntad. Estamos seguros, además, de que todo se encamina al bien de los que aman a Dios, de los que han sido elegidos conforme a su designio”* (Rm 8,26-28).



### La Providencia

Llegados a este punto hemos de indicar algo acerca del misterio de la “providencia”. Si en la vida nos acompaña la salud y el dinero, hacemos proyectos y respiramos fuertes y seguros: *“Hoy o mañana iremos a tal ciudad y pasaremos allí el año negociando y enriqueciéndonos. ¿Sabéis acaso, qué sucederá mañana? Pues nuestra vida es como una nube de vapor, que aparece un instante y al punto se disipa. Haríais mejor en decir, si el Señor quiere, viviremos y haremos ésto o aquélo”* (Sant 4,13-15).

En vez de la frase que a veces empleamos nosotros, “si Dios quiere”, el texto de la carta de Santiago utiliza “si el Señor quiere”. Dios es el Señor y nosotros servidores suyos, y por la fe en Jesucristo, nos atrevemos a decir que en lo importante, en aquello que interesa al reinado de Dios, somos “siervos inútiles”. Y es cierto, pues somos simples siervos. *“Así también vosotros, cuando hayáis hecho lo que se os mande, decid: Somos siervos inútiles; hemos hecho lo que teníamos que hacer”* (Lc 17,10).



Nuestra relación esencial con Dios en Cristo es de filiación, pero en esta vida lo somos conforme al modelo del hijo hecho hombre, Jesús de Nazaret. Y en este sentido no olvidemos el himno de Pablo: *“A pesar de su condición divina, Cristo Jesús no quiso hacer de ello ostentación. Se despojó de su grandeza, tomó la condición de siervo y se hizo semejante a los humanos. Más aún, hombre entre los hombres, se rebajó a sí mismo hasta morir por obediencia, y morir en una cruz”* (Flp 2,6–8).

Todo esto viene a cuento al hablar de “la providencia”. Es claro que si nosotros somos hijos de Dios en Cristo, ese Dios padre que es amor ha de cuidar de nosotros particularmente si nosotros le buscamos y anhelamos su presencia. Y es claro también que siendo él sólo el único Señor, nos abrimos a su voluntad confiando en su fuerza y no en la nuestra. *“Y no es que por nosotros mismos seamos capaces de poner a nuestra cuenta cosa alguna; por el contrario, nuestra capacidad procede de Dios, que incluso nos capacitó para ser servidores de la nueva alianza”* (2Cor 3,5–6).

Cuando murió el amigo Lázaro, *“algunos dijeron: —Este que dió la vista al ciego, ¿no podía haber hecho algo para evitar la muerte de Lázaro?”* (Jn 11,37). La res-

puesta la encontramos unos versículos más arriba: *“Esta enfermedad no terminará en la muerte, sino que tiene como finalidad manifestar la gloria de Dios”* (Jn 11,4). Pero la gloria de Dios se manifiesta a costa de la vida de Lázaro y del dolor causado a sus hermanas y amigos. Pareciera que Dios puede sacar bien del mal; puede orientar el mal hacia el bien. En este sentido, aun en el dolor y la desdicha el texto tiene su valor misterioso. Entonces, la fe se acrisola.

Recordamos este otro párrafo: *“¿No se vende un par de pájaros por poco dinero? Y sin embargo ni uno de ellos cae en tierra sin que lo permita vuestro Padre. En cuanto a vosotros hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados. No temáis, vosotros valéis más que todos los pájaros”* (Mt 10,29–31). Así la fe nos sugiere que todo está en manos de Dios, que todo lo llevará El a buen fin a pesar del mal e incluso “escribirá derecho en líneas torcidas”. No conocemos la dinámica de este mundo complicado ni la profundidad de la historia humana que en última instancia desemboca en el absoluto que pertenece a Dios. Sólo sabemos por la resurrección de Jesús que Dios apunta en el libro de la vida lo que en este mundo ha sido construido con amor verdadero para poder sacar de él una nueva creación. *“Y ví un cielo nuevo y una tierra nueva. Habían desaparecido el primer cielo y la primera tierra y el mar ya no existía. (...) Habitará con ellos; ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos. Enjugará las lágrimas de sus ojos y no habrá ya muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor, porque todo lo viejo se ha desvanecido”* (Ap 21,1.3–4).

A veces sucede que en un recodo del camino, el peregrino mira desde lo alto la perspectiva de sus revueltas. Y queda alucinado. Dios estuvo presente y a su lado.



## Escritura y Oración

Una vez más insistimos en el tema de la oración pues ésta es como la respiración para animar la vida del Espíritu en nosotros. Aquí viene en nuestra ayuda la Escritura, los libros sagrados reunidos en lo que llamamos “La Biblia”. Son libros que nos revelan al Dios padre de Jesucristo; nos dicen cosas sobre ese Dios, sobre el mismo Jesucristo, su misterio de salvación para los hombres, lo que él espera de nosotros para así llegar a una vida plena. No son recetas ni tópicos generalistas ni lugares comunes, sino relatos concretos, epopeyas, poesía, cartas, historia, visiones, alegatos, leyes y hasta amenazas de salvación. Y todo ello en principio, alrededor de un pueblo, el judío (antiguo testamento), y luego alrededor de la persona de Jesús de Nazaret (nuevo testamento). En ellos se nos comunica Dios y paradójicamente en esa vida misteriosa del diario quehacer, en la que Dios está presente en nuestra sencilla alegría y nuestro sencillo sufrir. *“El Señor le dijo: —Sal y quédate de pie ante mí en la montaña. ¡El Señor va a pasar!—. Pasó primero un viento fuerte e impetuoso, que removía los montes y quebraba las peñas, pero el Señor no estaba en el viento. Al viento siguió un terremoto, pero el Señor no estaba en el terremoto. Al terremoto siguió un fuego, pero el Señor no estaba en el fuego. Al fuego siguió un ligero susurro. Elías, al oírlo, se cubrió el rostro con su manto, y saliendo afuera, se quedó de pie a la entrada de la gruta”* (1Re 19,11-13). En la brisa que alivia pasó el Señor.



Si estos libros entrañan para nosotros la “palabra” de Dios, el llegar a saber de él mismo lo suficiente para vivir una vida renovada se nos presenta como algo ineludible. Será de necesidad que nos acerquemos a ellos en la paz de la oración, es decir, conscientes de la presencia de Dios. No es propiamente un asunto de información y de saber científicamente mucho acerca de los libros “inspirados”. Esto puede ser muy útil e incluso necesario, pero lo importante es descubrir la “palabra” de Dios y asimilarla como algo vivo y creciente a mi existencia. Y aquí viene el tema de hacer oración en base a la lectura frecuente de la Biblia. Nunca se insistirá bastante sobre ello. Sólo será posible gozar de la adultez cristiana si ésta es comunicada de forma inter-personal, emergente de unas páginas bíblicas que pueden iluminar momentos concretos de nuestras vidas. La oración personal llega a ser el medio en el que destella la luz sobre la tiniebla y la vida sobre la muerte. Dios sabe consolar y su luz será mi luz. Su palabra es alimento y pan.

En épocas ya pasadas del medievo solía distinguirse por los maestros espirituales, entre el pensamiento, la meditación y la contemplación. Quizás venga bien en este momento el subrayar la distinción de los tres vocablos y términos. El pensamiento hace referencia a ideas, conceptos, deducciones, juicios, razonamientos, etc. Orar no es pensar. Quizás el pensar con motivo de lo que se está leyendo en la Biblia, sea práctico y oportuno. Esta actividad tiene más que ver con el estudio “objetivo”.

Respecto de la “meditación” diferenciada del “pensamiento” se subrayaría el aspecto de una reflexión personal; es como si el pensar se doblara (reflexión) sobre uno mismo. Se trataría de una lectura que me interpela. Lo que se está ponderando en la Biblia inspirada y exigente se confronta con uno mismo. De ordinario, este tipo de lectura “meditada” resalta más los aspectos morales, los que inciden en la conducta y el comportamiento. Es fácil el identificar la meditación con la oración. Pero la moral sigue a la fe, y lo que falta hoy en día y no sobra, es la identidad cristiana, la fe.

Llegamos así a la “contemplación”. En ella la iniciativa propiamente dicha corre a cargo del Espíritu. Lo nuestro sería más bien algo pasivo. El modelo por excelencia es el de María. Puestos en la presencia de Dios, en humildad, en paz, sin ansiedad;



abiertos al Espíritu que está en nosotros y más allá de nosotros; experimentando sin miedos, el afecto del estar en las manos de Dios que es padre, haciéndonos disponibles ante el Señor al estilo de Jesús de Nazaret, leemos la Biblia santa en sintonía con su palabra que proviene de Dios. Su palabra entonces será teologal e íntima, y acrecentará en nosotros la fe, la esperanza y la caridad. “¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?” (Lc 24,32).



### María, nuestra madre

Y nos referimos ahora a María, la madre de Jesús, que por deseo de su hijo expresado con dolor en la cruz antes de morir, se nos ofrece como madre nuestra: “Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María la mujer de Cleofás y María Magdalena. Jesús, al ver a su madre y, junto a ella, al discípulo que él tanto quería, dijo a su madre: —Mujer, ahí tienes a tu hijo. Después dijo al discípulo: —Ahí tienes a tu madre. Y desde aquel momento, el discípulo la recibió como suya” (Jn 19,25–27).

Supuesto que la madre de Juan estaba al pie de la cruz, *“entre ellas estaban..., y la madre de los hijos de Zebedeo”* (Mt 27,56) y que el tratamiento genérico de “mujer” evoca el de Eva “madre de todos los vivientes” (Gn 3,20), la Iglesia en su enseñanza ha interpretado el texto como la proclamación de la maternidad espiritual de María con respecto a los creyentes representados por Juan (véase Jn 15,10–15).

¡María es nuestra madre! ¿Qué significa esta frase para una persona de fe en Jesucristo? Si Dios es padre (y ahora gusta el que sea presentado con características maternas); si Jesucristo es el hijo, y en comunión con él nosotros también somos hijos de Dios; si el Espíritu Santo es el consolador y poderoso “abogado” (paráclito, consolador), ¿cuál sería el papel de María como madre nuestra? Un poco más arriba hemos apuntado a María como modelo de disponibilidad en la oración y de ofrenda de su vida toda. En ella Dios ha hecho maravillas (Lc 1,49; Hch 1,14). Además, ella como madre de Jesús conoce el dolor indecible del hijo. *“Una espada te atravesará el corazón”* (Lc 2,35). En la escuela del sufrimiento María aprendió a descubrir a Dios como ser amoroso hacia los hombres pues él es quien entrega a su hijo en favor de éstos. Es el amor del padre lo que



la lleva en definitiva a ser madre de todos los hombres. Ella participa en la disputada tarea salvadora de su hijo y lo hace también mediante su dolor de madre. Ayuda su contemplación a captar el misterio del padecimiento humano que es capaz de ser transformado en un bien para uno mismo y para los demás. La presencia de María nos acompaña en esta su actitud paciente. Y porque ella ha sido puesta a prueba en el crisol *“al soportar el sufrimiento, puede ahora ayudar a quienes se debaten en medio de la prueba”*. (El texto hace referencia directa a Jesucristo en Heb 2,18).

Otro aspecto que considero importante en ésta nuestra devoción hacia María como madre nuestra es su presencia “completa” en el cielo, junto a Dios. Ella es *“asumpta”* (asumida en cuerpo y alma). Esta declaración dogmática, muy reciente en la Iglesia, nos ofrece alguna mayor claridad sobre sus imágenes de “aparecida” (apariciones en

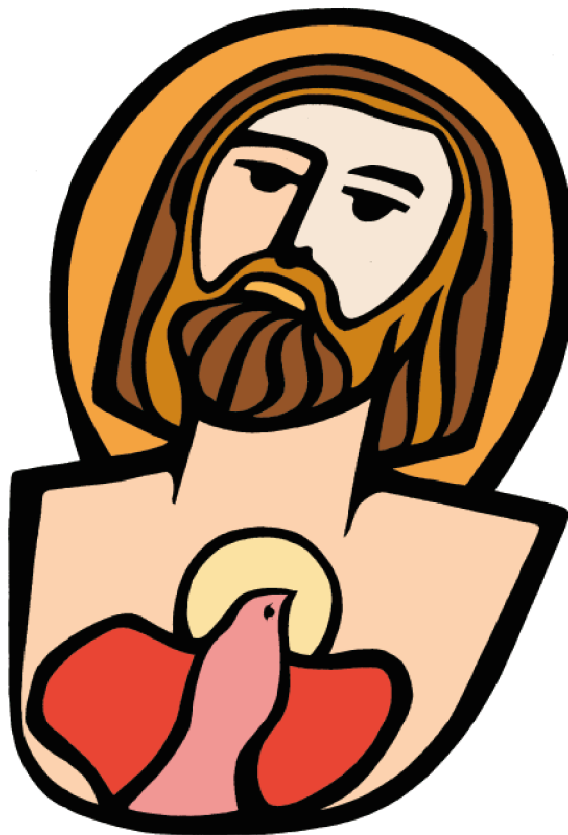


favor de los hombres). Ella que es actualmente viviente, con un cuerpo exaltado al cielo, transfigurado e incorruptible, se vuelve a veces presente entre algunos de nosotros de una forma muy cercana. No falta gente que no cree en apariciones ni cosas semejantes, pero es innegable que la intensa piedad popular “experimenta” la presencia de María en sus vidas como un desahogo y alivio de sus penas por encima de sus expectativas humanas. Parece indudable para el creyente, que María acerca lo sobrenatural a nuestra existencia, incluso a la rutinaria y simple, y de una manera sorprendente. Con María cercana, no son precisas ni largas oraciones, ni esforzadas penitencias, ni profundos conocimientos teológicos. Con María cerca, lo natural se reviste de sobre-natural y nos pone junto a su Hijo con la ternura y el afecto del ser madre nuestra. En definitiva, el amor sin condiciones de una madre es un reflejo de lo alto, de unas entrañas de misericordia.

### El “hombre nuevo”

Esta sugerente expresión de “hombre nuevo” aparece de forma muy explícita en las cartas del apóstol Pablo a los Efesios y a los Colosenses: *“No viváis ya como viven los gentiles, que viven desprovistos de sentido moral. Tienen el espíritu en tinieblas, están excluidos de la vida de Dios por su afectada ignorancia y por la obstinación de su corazón; tanto que, embrutecidos, se entregaron con frenesí a la lujuria, cometiendo toda clase de impurezas. En cambio, vosotros no habéis aprendido tal lección en Cristo, si es que después de haber oído hablar de él, habéis sido instruídos tal como es la verdad en Jesús; esto es, por lo que se refiere a vuestro primer género de vida, a despojaros del*

*hombre viejo que corre a la ruina tras las concupiscencias seductoras; a dejaros renovar una y otra vez por el espíritu que actúa en vuestro interior; y a revestiros del hombre nuevo, creado a imagen de Dios en justificación y santidad verdaderas”* (Ef 4,17–24).



Con una fe viva, miembros de una Iglesia cuya cabeza es Jesucristo, conscientes de que el Espíritu Santo actúa en nosotros al abrirnos a su brisa y su luz, nuestro modo de proceder moral habrá de ser conforme al ser en Cristo. El hacer sigue al ser, pues la fe no consiste primordialmente en hacer. En ese caso la fe se reduciría a un quehacer de conducta moral, es decir, a un esfuerzo personal voluntarioso. No sería un poder salvífico ni hacia uno mismo ni respecto de los demás. En vano trabaja uno si Dios no trabaja. La vida “nueva” sólo él la da.

Es preciso, por tanto, nacer de nuevo: “—Yo te aseguro que el que no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios—. Nicodemo repuso: —¿Cómo es posible que un hombre ya viejo vuelva a nacer? ¿Acaso puede volver a entrar en el seno materno para nacer de nuevo?— Jesús le contestó: —Yo te aseguro que nadie puede entrar en el reino de Dios, si no nace del agua y del Espíritu. Lo que nace del hombre es humano; lo engendrado por el Espíritu, es espiritual. Que no te cause, pues, tanta sorpresa lo que te he dicho: Tenéis que nacer de nuevo”. (Jn 3,3-7).

Si este nacer de nuevo se realiza día tras día al recibir el regalo de Dios en nosotros, lo que hagamos derivará necesariamente de ese don. Las bienaventuranzas marcan esa deriva del hombre nuevo. Dichosos los que no ponen su confianza en el dinero ni en las cosas; dichosos los que soportan el sufrimiento físico con paciencia; dichosos los que padecen en el alma confiando en Dios por encima de cualquier otro; dichosos quienes tratan a los demás con respeto, como a sujetos que lo son; dichosos los que olvidan al estilo de Dios padre; dichosos los que hacen el bien sin esperar nada a cambio; dichosos los que irradian y construyen la paz que supera y desborda la simple no-guerra; dichosos los perseguidos por causa de Jesucristo. (Mt 5,3-12)

Todo ello es posible si Dios, el todopoderoso, da la fuerza y coherencia a nuestra fragilidad esperanzada. Y no dejemos de lado ese don inmenso de la “caridad” de donde todo germina: “Aunque repartiera todos mis bienes, y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, nada me aprovecha” (1Cor 13,3). Sólo lo que de Dios viene (virtudes teologales) alcanza incluso a nuestra forma de ser y temperamento.



### Vida en el Espíritu

“En cuanto seguidores de Cristo, (...) lo que vale es la fe que actúa por medio del amor” (Gal 5,6). Teniendo ésto muy claro, la terca realidad personal cuestiona la fuerza y validez del Espíritu en la vida práctica. Si bien es cierto que estamos llamados a la libertad plena de ser hijos de Dios, nos encontramos como “heridos” y con demasiada frecuencia frustrados y deprimidos. La fe es puesta a prueba y la inclinación hacia lo maligno y destructor perturban el ser íntimo y personal de cada uno. Entonces la tiniebla llega a ensombrecer nuestro corazón y los afectos desordenados se adueñan de nuestra conducta y nos devuelven a la situación de esclavitud anterior. “Caminad a impulsos del espíritu y no déis satisfacción a las tendencias de la carne. La carne tiene tendencias contrarias a las del espíritu; y el espíritu, tendencias contrarias a las de la carne; y ambos se hacen la guerra, de manera que os impiden hacer lo que deseáis” (Gal 5,16-17).

En la Biblia la palabra “carne” se identifica con una persona humana integrada (el cuerpo y el alma), y se contrapone a la palabra “espíritu”. Fuera de Dios todo es “carne”. El hombre de aquí abajo vive “en la carne”. Y Pablo distingue entre vivir “en la carne” y proceder “según la carne”. Esto segundo significaría hacerse carnal. Al vivir en Cristo, el cristiano “ha crucificado su carne”: *“Los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y tendencias. Si vivimos del espíritu, conducámonos también a impulsos del Espíritu”* (Gal 5,24–25). Este estar crucificado con Cristo manifiesta que el cristiano lleva en su persona la señal de pertenecer a su Señor, metáfora que alude a la marca corporal que en aquel entonces identificaba a quién pertenecían los esclavos. No se enfatiza el aspecto de la renuncia ni el de abnegación, sino el de pertenencia y fidelidad. *“Pero, gracias a Dios que, de esclavos que eraís del pecado, os habéis sometido de corazón a las normas de vida evangélica que Dios os ha entregado. Y, libres del pecado, os habéis hecho esclavos de la justificación”* (Rm 6,17–18). Justificación en el apóstol es aquello que nos vuelve justos a los ojos de Dios. La justicia (santidad) descende de los cielos y se hace nuestra sin dejar de ser de los cielos. Jesús fue el único justo y gracias a él, los creyentes cristianos somos justificados.

Sin embargo la vida propia de fe cristiana no ha de quedarse reducida a dar tumbos entre pecado y reconciliación. Esto sería una caricatura dramática. El guión de la vida cristiana giraría entonces alrededor del pecado y no de la “gracia”. El dar fruto perte-



nece a Dios. Morir para resucitar es una tarea diaria y en ella siempre el protagonista es Dios. lo verdaderamente válido es una confianza creciente en Dios nuestro padre. *“Caminad como hijos que sois de la luz”* (Ef 5,8). *“Con perseverancia (paciencia) salvaréis vuestras almas”* (Lc 21,19).

### Matrimonio y Sacramento

Normalmente los cristianos viven su fe en Jesucristo formando una pareja estable de hombre y mujer que tiende a generar como fruto de su amor mutuo una familia de padres e hijos. Si esta reducida comunidad humana funciona de forma amorosa ella se constituye en la razón de ser de casi todo lo demás. El amor desinteresado y digno da un sentido a la vida y hace que ésta merezca la pena. Tratándose del amor como centro existencial, la fe cristiana que es un don del Dios que se define como “amor” (véase más arriba) puede y debe aportar al matrimonio una visión renovada y hasta deslumbrante y muy atractiva.

Citando una vez más a san Pablo, traemos aquí la frase siguiente que hace al caso: *“Vosotros, maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a la muerte por ella”* (Ef 5,25). No se dice que el amor fiel de Jesucristo a su Iglesia sea como el del esposo a su esposa, sino que la relación en un matrimonio cristiano se asemeja a esta comunión entre Cristo y su Iglesia. Y el mismo san Pablo asombrado de tal comparación añade: *“Gran misterio éste, que yo lo relaciono con la unión de Cristo y de la Iglesia”* (Ef 5,32). Con palabras distintas:

Ala luz del amor de comunión de Cristo a su Iglesia, podemos quizás descubrir el fondo “divino” del amor íntimo entre los esposos que se quieren y se aman.

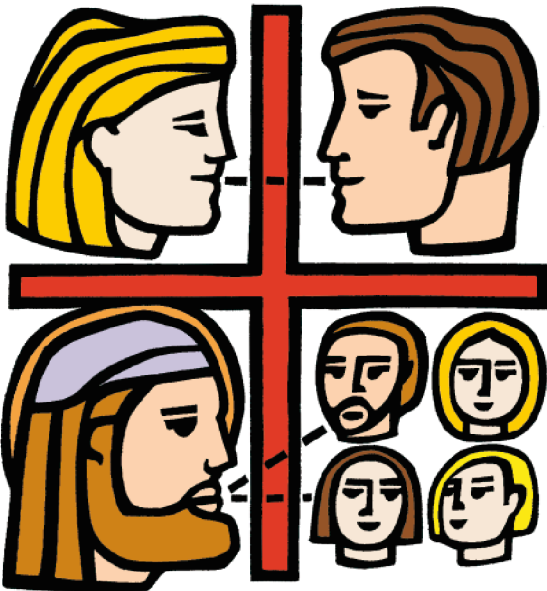
Si el matrimonio es un regalo del Dios creador, se ha de manifestar en él algo de lo que pertenece al ser de Dios: *“Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne (persona)”* (Gn 2,24). El amor trinitario de Dios (ser Padre, ser Hijo y ser Espíritu Santo) es un dar, un recibir, un asociar y un hacer partícipes, un vivir en comunión: *“Yo les he dado la gloria que tú me diste a mí de manera que sean uno, como nosotros somos uno. Yo en ellos y tú en mí para que sean perfectos en la unidad y conozca el mundo que tú me has enviado, y que les amas a ellos, como me amas a mí. (...) Les he dado a conocer quién eres, y continuaré haciéndolo, para que el amor que tú me tienes esté también en ellos y para que yo mismo esté en ellos”* (Jn 17,22–23.26). Se ha escrito bastante sobre la iglesia doméstica. Si los cristianos casados tomaran conciencia de su matrimonio como sacramento salvador



alcanzarían a ser los mensajeros más reales y actuales de la figura del Jesucristo cercano que se muestra en las escrituras.

La entrega y ofrenda en vida de Jesús, y su muerte y resurrección nos señalan hacia un amor en el que la cruz ocupa su lugar y en el que la esperanza no ha de disolverse en amargura y desengaño. *“Casarse en el Señor”* significa que el matrimonio no es la aventura de dos personas solitarias. Es una unión hacia la plenitud. Es “sacramento” y Dios acompaña. Es una paciente “comunión” generadora de una vida nueva.

Jesucristo no promete que será dicha y alegría. Y aunque el “signo” del matrimonio cristiano se expresa en un amor mutuo, recíproco, digno y familiar, no excluye los errores, las incompatibilidades, las dificultades, el nerviosismo, el aburrimiento y la enfermedad. La presencia del espíritu del Padre que comunica paz, fortaleza y consuelo, no deja de recordarnos la frase misteriosa que encontramos en los Hechos: *“Se es más feliz en el dar que en el recibir”* (Hch 20,35). Darse al estilo del Padre que les quiere siempre como a hijos. Ellos por vocación son llamados a ser padres.





## Reinado de Dios

Desde el comienzo en los evangelios, sobresale el tema de la realeza de Cristo. El arcángel Gabriel dice a María: *“El será grande, será Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin”* (Lc 1,32s). Si buscamos más adelante en los mismos evangelios, hallaremos a Jesús como predicador, taumaturgo, amigo de los pecadores... Y él hablará de un reinado muy diferente al territorial, evitando asumir cualquier compromiso y actuación en este sentido. *“Pero Jesús, conociendo que vendrían a llevarlo por fuerza para declararlo rey, se retiró otra vez al monte, sin que nadie le acompañase”* (Jn 6,15). Y cuando alguno le proclame como al Mesías (el ungido) esperado, él exigirá el llamado “secreto mesiánico”. *“Y luego mandó terminantemente a sus discípulos que no dijeran a nadie que él era el Mesías”* (Mt 16,20). Y antes de recibir la sentencia de su muerte, vemos a Jesús en el pretorio, y le oímos decir las siguientes palabras al engraido Pilato: *“—Mi reino no es de este mundo. Si lo fuera, mis segui-*

*dores habrían luchado para impedir que yo cayera en manos de los judíos. Pero no, mi reino no es de este mundo—*. Pilato insistió: *—Entonces, ¿eres rey?—*. Jesús le respondió: *—Soy rey, como tú dices. Y mi misión consiste en dar testimonio de la verdad. Precisamente yo para eso nací, y para eso vine al mundo. Todo el que ama la verdad escucha mi palabra—*. Pilato repuso: *—¿La verdad! ¿Qué es la verdad?”* (Jn 18,36–38).

De todos estos textos deducimos que Jesús no pretendía en modo alguno alzarse con el poder o ser un líder político para dejar bien establecido en este mundo un reinado como Dios manda. Si Jesús tuvo alguna tentación, ésta sería la que en los escritos evangélicos queda más destacada. ¿No es éste el fondo de la cuestión que se vislumbra en el desierto de Judá? *“Le llevó después el diablo a un monte alto y le mostró de un vistazo todos los países del mundo. Y el maligno le dijo: —Yo estoy dispuesto a darte todo este poder y la grandeza de estos países. Porque todo esto lo he recibido como mío y se lo doy a quien yo quiera. Si te arrodillas y me adoras todo será tuyo”* (Lc 4,5–7).

En el ánimo bien intencionado de todo discípulo de Jesucristo, persiste siempre y a veces de forma solapada esta tentación; ¿por qué no dedicarse a intentar establecer su reinado en este mundo? ¿No decimos que es necesario cambiar las estructuras de la sociedad? ¿Cómo podrá ser viable esta meta si no se consigue el poder político y económico? Se apela quizás con demasiado entusiasmo al libro del Exodo, en el que se relata la salida del pueblo hebreo de la región de Egipto en marcha hacia Canaán, la tierra prometida. Atrás queda la esclavitud, y delante el horizonte prometedor de una liberación nacional. Esta ha sido una tentación histórica en la Iglesia.





No parece darse una similitud seria al querer comparar la epopeya legendaria de la formación de la nación teocéntrica judía con la realidad de la Iglesia (comunidad y sacramento) nacida y fundada en el Jesús que muere ajusticiado en una cruz infame. Se puede y se debe hablar de ella como un pueblo de Dios; pero se trata de un pueblo universal sin territorio propio, y peregrino, sintiéndose extranjero en su caminar por el sendero que le lleva a su tierra soñada en Dios. Es verdad que los cristianos tanto de izquierdas como de derechas están en este mundo actual pero en definitiva no pertenecen a él: *“Yo les he confiado tu mensaje, pero el mundo les rechaza, porque no son del mundo, como yo tampoco soy del mundo. No te pido que los saques del mundo, sino que los defiendas del maligno. Como yo no pertenezco al mundo, tampoco ellos pertenecen al mundo”* (Jn 17,14–16).

Sin embargo, no hay duda tampoco de que los cristianos y la Iglesia como sacramento de salvación han de procurar hacer signos eficaces del reinado de Dios. En este sentido decimos que en este mundo actual deberemos hacer el bien a las personas y proclamar al mismo tiempo que el reinado de Dios está en ellas. San Ireneo gustaba decir que “la gloria de Dios es el hombre”. El reinado de Dios no está compuesto solo de naciones sino sobre todo de personas que aprendieron a dar y recibir, que aprendieron a buscar el amor que Dios es.

Podemos distinguir la realidad social de las personas y el de las estructuras sociales. A nosotros nos toca vivir nuestra fe en una sociedad en la que se resaltan los valores de la comunidad y de la solidaridad. Tales circunstancias y tales actitudes son altamente positivas, aunque con frecuencia son actitudes más voluntaristas que estructurales.

Es cierto que la fe cristiana no es una ideología y no ha de ser reducida a ésto. Pero la Iglesia que es “madre y maestra” en contacto con esa realidad social ha ido construyendo en el tiempo, unos principios doctrinales inter-medios que pueden hacer de puente entre el evangelio (buena noticia) y la actuación en política concreta de sus miembros laicos. Los elementos de inter-mediación se articulan y constituyen la menospreciada “Doctrina Social de la Iglesia”. Hubo quizás falsos profetas que la denunciaron como no eficaz y no revolucionaria, y reformista. Los problemas de estructura se han endurecido, y pareciera que la Iglesia de hecho pinta poco y cada vez menos en una posible solución. Conformarse con una denuncia ética quizás satisfaga a los inquietos, pero la realidad es terca y ésta puede marchar a su aire.

